

El encanto de la ilusión

Emilio Acosta Díaz ¹

Resumen

La ilusión es una de esas realidades humanas que comprendida en su conjunto se convierte en la fuerza impulsora de los grandes logros humanos; está unida a la realidad fundamental del ser en el proceso de integración de la vida. La ilusión tiene que ver con todas las dimensiones del ser humano y especialmente con sus motivaciones internas, en ese sentido, ilusionarse es moverse hacia, ir en búsqueda hacia el mundo de la posibilidad.

El presente artículo pretende resaltar la importancia de la ilusión en el desarrollo biológico, psicológico y espiritual del ser humano por lo que el interés se centrará en saber en que consiste, su función en la vida y como cultivarla a fin de que mantenga el misterio y el encanto por la vida. Ilusionarse e imaginar son ingredientes propios de la inteligencia humana y cumplen un papel definitivo a la hora de sentir que la vida es una fuerza que fluye y a su paso genera rastros de alegría y satisfacción mientras emerge el camino de la felicidad.

Palabras clave: filosofía, ilusión, motivación, persona, sentido.

¹ Secretaría de la Oficina de Post. Doctor y Magister en Filosofía, Universidad Pontificia Bolivariana, Magister en Derecho Canónico, Pontificia Universidad Santa Cruz, Tegucigalpa, Honduras, Pontificia Universidad Laborista, Psicólogo, Universidad Antonio Narváez, Investigador y director del grupo de investigación Lumen, Universidad CESMAG, Correo electrónico: emacosta@cesmag.edu.co

Introducción

Ilusionarse, así como pensar y soñar, son actividades inherentes a la inteligencia humana que requieren de empeño y voluntad como requisitos necesarios para mantenerse en acción a través del tiempo, especialmente en un mundo que sistemáticamente se está acostumbrando a vivir en el desencanto y en las orillas de la desilusión; dos realidades que si bien es cierto hacen parte del equipaje de la vida, pueden magnificarse en tiempos de crisis e incertidumbre.

Hablar de ilusión no es solo hablar de utopía, la utopía es la forma de representación imaginativa de un individuo o de la sociedad futura anhelante del bien humano; ella también tiene que ver con el estado de ánimo interno, de cada individuo, que mueve a la conquista de realidades posibles. Ilusionarse, por lo tanto, implica vivir en el mundo de lo posible, de la realidad circundante. Quien se detenga a pensar por un momento en la ilusión tendría que preguntarse sin mediaciones: ¿en qué consiste? ¿cuál es su incidencia sobre la vida? y ¿qué valor tiene para la existencia humana?

¿En que consiste?

Es preciso recordar que el concepto ilusión, a lo largo de la historia, cargó con una fuerte connotación negativa manifiesta en distintos tonos y direcciones en las que se ha usado; entre tantas definiciones se encuentran, por ejemplo:

En 1845, el *Nuevo Diccionario* de Salva da esta definición: «Concepto sugerido por nuestra imaginación sin verdadera realidad. *Ilusio, deceptio*. Y el Diccionario de la Sociedad Literaria decreta: «Toda ilusión es engañosa»; [...] Y todavía hoy el Pequeño Larousse da las definiciones más negativas: «Error de los sentidos. O del entendimiento, que no hace tomar las apariencias por realidades. (Martí, 2001, p. 8)

Sin embargo, la evolución del mismo concepto muestra una gran complejidad de realidades, relaciones y posibilidad de conexiones con otras experiencias fundamentales de la esencia humana como son la alegría, la esperanza, la euforia. Martí (2001), al referirse a esta palabra dice: "La ilusión se nos manifiesta como un anticipo de la alegría, la ilusión es una alegría anticipada de algo que no se tiene, pero se espera poseer" (p. 15). Esta nueva

connotación positiva de la ilusión recoge toda la carga energética de una realidad inherente al hombre que, en la medida en que se la cultiva, se convierte en fuerza integradora y motivadora; así pues, solo se es capaz de ilusionarse cuando hay plena conciencia de la vida y a la vez se cuenta con la fuerza impulsora y transformadora de la realidad o con la posibilidad de alcanzarla, situación que trae como consecuencia la satisfacción de sentirse realizado.

Función

Quien se ilusiona tiene la energía y la capacidad de imaginar mundos distintos, complejos y posibles de tal manera que el ejercicio de ilusionarse involucra en esos mundos, en el conocimiento intelectual y emocional como presupuesto básico para alcanzar la realidad imaginada; según Fernández (2017), involucrarse: "Supone una combinación de creatividad, conocimientos, pensamientos, actitudes, emociones, habilidades, fortalezas, valores y otros componentes que se activan conjuntamente para lograr con eficacia la ilusión imaginada" (p. 11). No existe ilusión sin contacto con la realidad que involucre al sujeto con la totalidad del ser, de la vida y el sentir, tampoco sin conexión e interrelación con el contexto en el que se interactúa de forma fluida y continua mientras acontece el devenir cotidiano.

Tal estado de unidad y vínculo existente entre realidad y vida consciente, es muestra del equilibrio ecosistémico de la existencia del mundo real, en la dinámica del aquí y ahora, en el marco del espacio y el tiempo manifiesto en un presente caracterizado por el deseo de un futuro que se mueve en terrenos de dudas e incertidumbre. Fernández (2017), indica al respecto: "Estamos ilusionados por algo que deseamos obtener; parece que hablar de ilusión es lanzar la mirada hacia un futuro más o menos lejano" (pp. 15- 16), anclado al borde de la realidad actual desde donde todavía es posible experimentar la vida con todas las expresiones emocionales que la caracterizan.

Sujeto al espacio tiempo, como una realidad inevitable de la que hay que pender, el hombre no deja de ilusionarse, es decir, de imaginar, diseñar, emocionarse y proyectar su vida bajo cualquier condición que le corresponda vivir; por esa razón, insinúa Fernández (2017): "[...] la ilusión aparece ligada a lo que da sentido a la vida, a la posibilidad de la vida misma, y esa realidad depende de la actitud, de cómo el hombre se proyecta y la interpela" (p. 17).

De allí que sea de gran importancia comprender que en la mente y en el corazón humano la fuerza de la ilusión debe ser un estímulo permanente, algo así como un impulso motivador y transformador que genera vida y cambios sustanciales en los contextos vitales. Rojas (1998), lo indica de la siguiente manera: "La ilusión empuja, arrastra, tira, fascina por su contenido y pone en marcha la motivación. Es como sentirse hipnotizado ante aquello que queremos conseguir" (p. 9). Por lo tanto, sentir que la vida fluye a través de los canales adecuados de forma natural, es reconocer que en sus profundidades reside la ilusión que se mantiene como la llama encendida, llena de vigor para ser vivida.

Así pues, todos los proyectos que se generan en la mente y el corazón humano contienen ese fascinante mundo de la ilusión que, según Fernández (2017): "(...) es una forma de estar en la vida, se vive *ilusionado*, sin que esa ilusión esté dirigida a un determinado objetivo" (p. 16). En tal sentido, la ilusión contiene un ardor mágico que mantiene vivo el espíritu del hombre y su relación estrecha con el mundo de las cosas.

Definitivamente, la mayor aspiración humana siempre será la de conquistar el mundo de verdad, encontrarse con la realidad de su propio ser cara a cara, así lo recuerda Fernández (2017) al reconocer que: "Quien tiene ilusión espera conseguir que su ilusión se haga realidad" (p. 16). De allí que, la tendencia a ilusionarse, imaginar y crear en el mundo de las cosas conduce de todas maneras a unir los anhelos con el mundo real en donde se articulan y ejecutan las transformaciones vitales.

Es así como, en las distintas etapas del desarrollo de la vida de cada individuo, persisten las ilusiones y la esperanza como la mejor expresión de búsqueda y realización generada en la interioridad de cada ser viviente; sin embargo, vale resaltar que una de esas etapas significativas y cargadas de anhelos, es la de la juventud, en ella la fuerza creativa y de expectación alcanza altos niveles, que más tarde se cristalizarán a través de la toma de decisiones asertivas y opciones de vida que poco a poco se consolidan en proyectos vitales.

Fernández (2017) lo resalta así: "Los jóvenes suelen tener más ilusiones e ilusionarse con más facilidad que las personas de más edad. Y los mayores parecen tener más acostumbado el ánimo de la esperanza" (p. 17). Las personas adultas a partir de su experiencia, del ensayo y compromiso con sus proyectos de vida que un día estaban arropados por la ilusión, en su edad madura alcanzan un mayor sentido de realización,

procurando mantener siempre viva la llama de la esperanza como resultado de motivaciones profundas y duraderas, cultivadas en los momentos iniciales y madurados a lo largo del arco de la vida.

Tanto la ilusión como la motivación tienen la tarea de mantener al sujeto que las experimenta en la dinámica y la búsqueda de objetivos y metas esperadas; ellas son energías ancladas en la realidad humana que se convierten en tendencia hacia, son los impulsos que mueven a la realización y culminación de acciones, por lo que, juegan un papel decisivo a la hora de mantener la dinámica y la acción la vida.

Cultivo

La vida es un arte, en ese arte los aprendizajes son múltiples y diversos, así como lo es la capacidad humana de aprender; la ilusión se cultiva dentro de esos procesos de aprendizaje no solo con el pensar, sino también con el hacer y el idear; no hacerlo indica entrar en un estado de quietismo, contrario a la esencia humana. Espinosa (2014), al respecto, dice que: "El hombre es un ser que no se limita a ser *sapiente* o a fabricar y construir instrumentos. Ha de atreverse no sólo a pensar desde la singularidad de su persona, sino también a jugar, a *jugársela* desde ella" (p. 10).

A su vez, Fernández (2017) insinúa: "La finitud del hombre rompe sus límites en la medida que es capaz de autotranscenderse, y en este auto-trascendimiento estriba la posibilidad metafísica de la ilusión" (p. 19). Nada más bello que sentirse ilusionado y con la fuerza necesaria para transformar las realidades internas y todo cuanto está en el entorno vital.

Por lo que, perder el sentido y la capacidad de ilusionarse es nocivo para el desarrollo de los individuos y de los pueblos: Fernández (2017) advierte: "Quien no se ilusiona por sí mismo, ¿Cómo podrá admirarse con sus cosas?" (p. 20). La ilusión, en ese sentido, es una fuerza interna que requiere cultivarse estimulando el espíritu y dejando que la esencia humana pueda disfrutar de la alegría y del anhelo de la felicidad lo que implica contar con la realidad en donde es posible encontrar el punto de partida de la ilusión.

Por lo tanto, es el cultivo esmerado de la ilusión henchido de sentido y significado lo que conduce a una nueva realidad renovadora y placentera, no solo para la historia individual de

cada persona consciente de sus propios actos, sino también para el desarrollo social y cultural de las comunidades; una ilusión que albergue el sentido común en el corazón de la humanidad, que se exprese en el anhelo de buscar siempre la unidad y la solidaridad para todos, se convertirá en fuerza revitalizadora y conciliadora dentro de un mundo cada vez más caótico y desencantado. Tal estado de ilusión inherente a la búsqueda del buen vivir y la verdad será el que se convierta en expresión máxima de solidaridad y de fraternidad humana.

Al hombre de hoy, provisto de innumerables recursos, aportes de la ciencia y la tecnología, le corresponde la tarea insustituible de aprender también a cultivar la ilusión como un factor generador de razones y motivos para vivir, en orden a conquistar la felicidad y la realización integral en medio de las fracturas permanentes a causa del desencanto y el sin sentido de las cosas que, con frecuencia, se apodera de su espíritu.

Conclusión

La inteligencia humana goza de la posibilidad de ilusionarse e imaginar, ingredientes fundamentales en el espíritu creador y constructor de nuevos estados de vida, por lo que, hablar de ilusión es considerar la dinámica del espíritu humano en el movimiento desde el mundo de lo real hacia el mundo de lo posible.

La ilusión presupone la conciencia de la realidad y el anhelo integrador orientados en función de logros y expectativas de construcción; ella combina creatividad, conocimiento, pensamiento, actitudes, emociones y valores orientados en el camino de la realización humana y que a la vez permiten lanzarse a la conquista de un futuro deseado.

Cuando por alguna razón se pierde esta fuerza motivadora de la ilusión, se corre el peligro de banalizar la vida, vaciarla de sentido y quitarle los propósitos fundamentales para los que está hecha. En esa perspectiva, perder la ilusión es debilitar sistemáticamente el encanto de la vida, apagar de alguna manera la fuerza creadora y aminorar sus expectativas.

Así como se cultivan las virtudes y se asimilan en ellas los valores, el hombre que no es solo sapiencia o construcción de mundos reales, necesita labrar y mantener viva la ilusión que le permite ir más allá de sus límites para alcanzar el sentido de las cosas y de todo cuanto realiza en la cotidianidad.

Referencias

Espinosa Cisneros, O. (2014). *La ilusión moderna. Ensayo sobre la razón y el juego*. Taberna Librería Editores.

Fernández Moreno, L. (2017). *Ilusión positiva. Una herramienta casi mágica para construir vida*. Desclee De Brouwer.

Martí García, M. (2001). *La ilusión. La alegría de vivir*. Ediciones Internacionales Universitarias, S. A.

Rojas, E. (1998). *La ilusión de vivir: Instrucciones para navegar hacia la felicidad*. Editorial Espasa.